

EL



ECO DE CARTAGENA.

Julio

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Martes 30 de Enero.

El Eco de Cartagena

Transformación de Abisinia.

Hallamos en el diario de Viena el siguiente artículo.

Los ingleses con su característica constancia han conseguido que las naciones civilizadas fijen hoy sus miradas en ese país que hace diez años estaba tan olvidado como si no existiese en el mapa de Africa.

Antes de la afortunada expedición de sir Robert Napier á Magdala al frente de las tropas británicas, Abisinia se hallaba en estado salvaje, sin ninguna población de importancia habitada por distintas razas, que, divididas en tribus independientes, tenían el país en continuo movimiento á causa de los encuentros permanentes que sostenían con sus vecinos incendiando sus «aduarés» cuando lograban vencerlos.

La posición geográfica de la Abisinia no puede ser mejor: enclavada en el mar rojo, cuyas tranquilas aguas bañan sus alegres costas, rodeadas de una vegetación admirable, donde la naturaleza ha prodigado abundantes dones, especialmente en su parte hidrográfico-orográfica, á la entrada del estrecho de Bab-el-Mandeb era de esperar que con la apertura del istmo de Suez, cuya obra abra las comunicaciones sociales y comerciales entre pueblos distintos por medio de esta nueva vía, la mas breve que podían alcanzar las inteligencias, considerando la topografía de ambos continentes, había de ser Abisinia uno de los puntos de arribada para los buques mercantes que navegasen con destino á la India, y al mismo tiempo de recalada para aquellos que por el contrario viniesen de la India para Europa.

Inglaterra, con el rico imperio de la India, unido á los inmensos territorios que posee en el archipiélago y mar de la Oceania, necesitaba un punto intermedio entre Europa y

Asia que, siéndole útil para su comercio marítimo, proporcionara utilidades á su erario sirviendo de escala á los buques mercantes de otros países.

La apertura del istmo que separaba ambos continentes, uniendo el mar Rojo con el Mediterráneo, evitaba el largo viaje á Asia por el cabo de Buena Esperanza, y en caso contrario, el transporte de las mercancías desde Damietta, el Cairo, Aboukir ó Alejandria hasta la costa del mar Rojo á través de pesados arenales, cuya conducción se hacia en grandes caravanas.

Inglaterra, con el protectorado de Malta y de las islas Jónicas en el mar Mediterráneo, ambas convenientemente situadas, con Gibraltar á la embocadura del estrecho que lleva aquel nombre y Lisboa y Oporto en la costa del Atlántico, que si no son puertos ingleses por su nacionalidad lo son por sus relaciones comerciales y por sus simpatías desde inmemoriales tiempos, necesitaba ineludiblemente procurarse otro nuevo protectorado en las orillas del mar Rojo para que sus buques, al salir de los puertos del Reino Unido, pudieran hacer escalas en las demás colonias ó puertos de su protectorado hasta llegar al Cairo, desde el cual no tenían ninguna estación propia hasta llegar al primer puerto de la India inglesa.

La repentina ofensa inferida por el etiope Teodoro, rey de la Abisinia al gobierno de S. N. B., causa no suficientemente esclarecida por el gabinete de Saint James, que veía desde muy lejos el acontecimiento, encontró en lo de Teodoro el pretexto que necesitaba para tomar una de esas determinaciones tan peculiares al carácter sajón, y especialmente innatas en los ingleses, determinaciones que por muy absurdas que parezcan, saben ellos preparar de tal manera que consiguen al fin obrar una transformación casi inverosímil del horizonte mas encapotado al esplendente que presenta la alborada de un día sereno de primavera en los países meridionales.

Preparado, pues, el plan de com-

bate con la evidencia de un resultado provechoso, cubiertas las apariencias con los gobiernos de Europa de la manera que tuvieron por conveniente y tendida la red á los abisinios, quiso romper el yugo de su servidumbre, no por compasión para regenerarlos ni en honor de las leyes humanitarias y cristianas, sino por la conveniencia nacional, cuya incógnita ha sido aclarada por los acontecimientos que mas tarde han ido sucediéndose.

Organizada la expedición africana, se puso á su frente sir Robert Napier, uno de los generales de división que mas se habían distinguido en la India y en Crimea, en cuyas campañas prestó importantísimos servicios.

Procedente del real cuerpo de ingenieros, á nadie mejor que al ilustre ex-gobernador de Santa Elena podía confiarse el mando de aquel escogido cuerpo expedicionario que tenía que invadir un país desconocido, de cuyo interior no se conocían planos, sino aquellos datos sucintos de alguno que otro explorador inglés ó alemán, y del cual podían extraerse ricos productos minerales y vegetales.

Todos sabemos que lord Napier entró vencedor en Magdala, capital de la monarquía, y que el laureado general fué recompensado por su soberana con el título de lord Napier de Magdala, derrotó completamente al ejército abisinio, mandado por el monarca en persona, que las víctimas de esta hecatombe, tendidas en el campo de batalla, excedían de diez mil, que el rey apeló al suicidio á consecuencia de tan vergonzosa humillación, cuyas causas contribuyeron eficazmente á que el espanto cundiera de tal modo por la comarca, que un solo soldado inglés bastaba para apoderarse de cualquier kabilia sin necesidad de disparar un solo tiro, lo mismo precisamente que sucedió en Francia cuando los hulanos de Prusia llegaban á cualquier pueblo del imperio.

Napier, ciñéndose á las instrucciones que le fueron comunicadas, estudiaba detenidamente el país, au-

xiliado por la comisión de ingenieros, y procuraba captarse la amistad de aquellos habitantes imponiendo á sus tropas esa austeridad de costumbres que tan bien sientan á los caracteres flemáticos, insensibles á las trivialidades que son una segunda naturaleza en las demás razas.

Al mes de haber sido conquistado el territorio de Abisinia, pues el noble lord pudo decir como César, «llegué, vi y vencí», ya la escuadra británica estaba frente á las costas de la nación ocupada, conduciendo de los puertos de la India todo el personal y material necesarios para arreglar el país, con lo que indudablemente hacían un servicio á sus pobladores.

Sus hábiles ingenieros construían fuertes reductos en la costa, cómodos y ventilados hospitales, vastos almacenes de depósito para pertrechos y provisiones de guerra y boca, reparaban en los poblados las casas deterioradas y reedificaban las que estaban en ruinas.

El primer acuerdo que tuvo lord Napier, prudente como todos los suyos, fué crear un cuerpo de seguridad pública dividido en dos secciones, una para las ciudades y otra para los campos: esta guardia rural, compuesta de soldados, la mayor parte escoceses, que son hombres fornidos muy acostumbrados á los países montañosos, constituían la salvaguardia de las propiedades.

Al mismo tiempo procedieron á talar los contornos de la costa donde existían pobladas arboledas que hacían difícil el paso para el interior de carretas que conducían herramientas, viveres y demás utensilios para los destacamentos.

La tala de los primeros quince días produjo la madera suficiente para cargar veinte y seis transportes; estas maderas se extraían en grandes balsas á lo largo de un río navegable para vapores de poco calado que las remolcaban hasta la costa desde cinco ó seis leguas al interior.

La confianza fué paulatinamente restableciéndose en el país, y como sus habitantes veían que los invasores ni se moraban de sus creencias ni de